

USTED TIENE OJOS DE MUJER FATAL

Comedia en un Prólogo y Tres Actos

Enrique Jardiel Poncela

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2013 Paradimage Soluciones

Indice

Prólogo a la edición digital	4
Personajes	5
PRÓLOGO	6
ACTO PRIMERO.....	18
ACTO SEGUNDO	46
ACTO TERCERO	77

Prólogo a la edición digital

Enrique Jardiel Poncela nació en Madrid el 15 de octubre de 1901 y fue uno de los principales dramaturgos españoles del siglo XX. Su obra se relaciona con el teatro del absurdo, con un humor más intelectual, inverosímil e ilógico que el que se llevaba en el teatro español de la época. Esto le supuso ser atacado por una gran parte de la crítica de su tiempo (a la que el propio Jardiel atacaba a su vez), ya que su humor hería los sentimientos más sensibles y posteriormente tuvo problemas con la censura franquista. Sin embargo, el paso de los años no ha hecho sino acrecentar su figura y sus obras siguen representándose en la actualidad, habiéndose rodado además numerosas películas basadas en ellas. Murió de cáncer, arruinado y en gran medida olvidado, el 18 de febrero de 1952, con sólo 50 años.

Usted tiene ojos de mujer fatal es una de las primeras comedias de Jardiel Poncela y un magnífico ejemplo de su genio. Fue estrenada en Valencia el 20 de septiembre de 1932 e interpretada por Pepita Meliá, Mercedes Muñoz Sampedro, María Francés, Carmen Alcoriza, Ana M^a Noé, Benito Cibrían y Antonio Armet. La más reciente representación la tenemos en 2008, dirigida por Juan José Alonso Millán para el Teatro Muñoz Seca de Madrid.

Paradimage la incorpora como segundo título de su serie dedicada al teatro.

*Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en
www.paradimage.es*

Personajes

Elena
Francisca
Adelaida, condesa de San Isidro
Pepita, marquesa del Robledal
Julia
Nina
Fernanda
Leonor
Beatriz, baronesa de Pantecosti
Ágata
Oshidori
Sergio Hernán
Reginaldo de Pantecosti
Indalecio Cruz
Mariano
Arturito
Roberto de Pantecosti
Un criado
Un "chauffeur"

El prólogo y primer acto, en Madrid; el segundo y tercer actos, en una villa de Cercedilla. Lados, los del actor.

PRÓLOGO

Gabinete-saloncito de una "garçonniere" elegante. Una puerta en el lateral derecha y dos más en la izquierda. Otra puerta en el foro derecha, esta última con forillo de vestíbulo. En el foro ocupando todo el centro y la izquierda, se abre un gran arco provisto en toda su longitud de una barra a lo largo de la cual corre un tapiz, Detrás de él figura existir la alcoba del dueño de la casa. En la izquierda, entre las dos puertas de ese lado, ventanal con persiana de madera que se cierra en guillotina, Bajo el ventanal, un fonógrafo eléctrico. En la derecha, una biblioteca enana que sostiene un puñado de revistas y cuatro únicos libros, iguales en tamaño, forma y encuadernación. Una mesita con una lámpara, un teléfono, un "gong", y servicio de licores y tabacos. La escena, puesta con un sentido personalísimo, es una de esas habitaciones que atraen por igual a las mujeres formales que a los hombres informales; una de esas habitaciones pintorescas y voluptuosas donde todo se combina para formar confidenciales rincones, en los cuales es frecuente que, al anochecer, las visitas femeninas se detengan largos ratos a inquirir detalles y a hacer preguntas, aunque sin aguardar nunca, naturalmente, las respuestas. Los asientos son amplios, cómodos y resultan propicios a cualquier decisión; las luces están instaladas de modo imprevisto, y en cuanto a los muebles, son tan selectos, que, ninguno vale para nada. Comienza la acción a las dos de latarde de un día de primavera.

Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Las lámparas están apagadas, las puertas cerradas, y la persiana del ventanal corrida. En la puerta del primero izquierda, la llave se halla puesta por fuera. Suave penumbra invade la habitación. Una pausa. Luego se abre la puerta del foro y entra Oshidori en mangas de camisa, con pantalón y chaleco negros. Oshidori es un criado; aunque tiene cincuenta años, en su cédula pone cuarenta y nueve, él representa cuarenta y cinco y declara cuarenta y dos. Viste irreprochablemente y habla, acciona y procede dentro de la órbita de la más exquisita depuración. Al aparecer por el foro, Oshidori se dirige al ventanal y lo abre. La escena se ilumina con luz de sol. Entonces, por el foro, entra Pepita. Pepita es una doncella que no tiene de doncella más que el uniforme; su distinción al moverse y sus modales denuncian en ella a la gran dama. Trae al brazo un frac.

PEPITA.— *(Avanzando.)* El frac, Oshidori.

OSHDORI.— Gracias, marquesa. *(Se lo pone.)* ¿Y el señor?

PEPITA.— Duerme.

OSHDORI.— ¿A qué hora vino anoche, marquesa?

PEPITA.— A las doce.

OSHDORI.— ¿Solo?

PEPITA.— Acompañado. Y a la una volvió a marcharse.

OSHDORI.— ¿Acompañado?

PEPITA.— Solo. Y a las cinco regresó de nuevo oliendo a whisky.

OSHDORI.— ¿Sólo?

PEPITA.— Con soda.

OSHDORI.— No me refería al whisky, sino al señor, marquesa. Calculando. Pues cinco y diez son quince... *(Consultando su reloj.)* Ahora son las dos, que son las catorce... *(Resumiendo y guardándose el reloj.)* Marquesa, prepare el desayuno del señor para las quince, que son las tres.

PEPITA.— Muy bien. *(Se va por el foro. Suena el teléfono.)*

OSHDORI.— *(Descolgando el auricular.)* ¡Diga! ¡Ah! *(Amabilísimo.)* Señora condesa... Oshidori, para servir a la señora condesa. Efectivamente: el señor duerme todavía... Muy bien. Le despertaré inmediatamente. ¿Qué es lo que debo preguntar al señor, que si esta tarde a las cinco o que si mañana a las cuatro? Perfectamente; corro apreguntarselo. *(Se retira el auricular del oído, tapa la bocina y durante un rato permanece inmóvil, de pie junto a la mesita. Pasado el rato destapa la bocina y vuelve a aplicarse el auricular.)* ¿Señora condesa? El señor, que se ha alegrado extraordinariamente de que le despertase, acaba de expresarme, con lágrimas en los ojos, cuánto lamenta no poder acudir ni hoy a las cinco ni mañana a las cuatro al sitio donde el y la señora condesa saben. Dice que irá cualquier otra tarde, sin fijar fecha; pero, eso sí, suplica a la señora condesa que no se impacienta por muchas tardes que tarde en llegar esa tarde... ¿Cómo? *(Asombrado de la burrada que por lo visto le ha contestado la condesa. Aparte.)* ¡Arrea! *(Alto.)* Muy bien. Así mismo se lo comunicaré al señor, señora condesa. *(Cuelga.)* La verdad es que el señor tiene razón cuando dice que la condesa sólo se diferencia de un carabinero en que fuma con la mano derecha... Aunque claro que tiene motivos para todo: en un mes se ha llevado trece plantones. Y ahora, a despachar la conquista de anoche. *(Acercándose a la puerta del primero izquierda.)* Debe de estar aquí. *(Llamando con los nudillos.)* Señora... ¡Señora...!

ELENA.— *(Dentro.)* ¿Quién llama?

OSHDORI.— Aquí está. *(Hace jugar la llave y aguarda a pie firme junto a la puerta. Inclínándose.)* Señora... *(Entra Elena. Tiene treinta años, pero con la luz eléctrica no debe aparentar más de veinticinco. Es una belleza graciosa y pensativa. Mujer moderna, hecha para las sensaciones, lo mismo se la confundiría con una de aquellas dulces y románticas damas que aún pueden verse en los viejos grabados de la escuela inglesa. Ahora Elena se viste con un pijama frívolo y se reviste con una actitud profundamente grave. Avanza y se detiene un instante junto al fonógrafo.)*

ELENA.— ¡El fonógrafo! ¡El maldito fonógrafo! *(Da dos pasas más y se encara con Oshidori.)* ¿Quién es usted?

OSHDORI.— Soy Oshidori, el criado del señor.

ELENA.— ¡Ah! ¿Es usted el criado de Sergio?

OSHDORI.— Sí, señora. Pero no lo parezco, ¿verdad, señora?

ELENA.— No. No lo parece usted.

OSHDORI.— Todo el mundo me lo dice.

ELENA.— ¿Y cómo no le vi a usted anoche cuando yo vine?

OSHDORI.— Porque ayer me despedí después de vestir al señor para la tarde; era sábado y yo, como buen español, hago semana inglesa.

ELENA.— Entonces, ¿quizá no puede usted decirme dónde está ahora Sergio?

OSHDORI.— Rápidamente. El señor no está en casa, señora.

ELENA.— ¿Que no está en casa? Tengo la certidumbre de que está. *(Va hacia el foro y mira en la alcoba por uno de los extremos del tapiz.)* ¡Ya lo creo que está! *(Despreciativa.)* ¡Y durmiendo! *(Indignada.)* ¿Por qué ha mentido? ¿Por qué ha dicho que no estaba en casa?

OSHDORI.— *(Recurriendo a toda su habilidad.)* Señora, cuando un hombre duerme teniendo en la habitación de al lado una mujer como la señora, lo mejor que se puede decir de él es que no está en casa.

ELENA.— Tiene usted razón. *(Mirándole con curiosidad.)* Y lo ha dicho usted muy bien; con una frase muy intencionada...

OSHDORI.— *(Rectificando modestamente.)* La frase no es mía.

ELENA.— Pues, ¿de quién es?

OSHDORI.— Del señor.

ELENA.— Eso hará Sergio, ¡frases!

OSHDORI.— Y no es poco, señora. La Humanidad entera no ha hecho otra cosa hasta el presente. Y el mundo se creó con la frase "hágase la luz"; se pobló con la de "creced y multiplicaos", y se civilizó con la de "vacaciones sin Kodak son vacaciones perdidas".

ELENA.— *(Sonriendo.)* Eso me ha hecho gracia...

OSHDORI.— Pues también es del señor.

ELENA.— (*Poniéndose seria*) Lo siento. Pero en cambio me alegra observar que tiene usted un aire respetable, Oshidori. Y le voy a comunicar un secreto...

OSHDORI.— La señora me distingue mucho.

ELENA.— El secreto es éste: Oshidori, su amo es un canalla. (*Después de una pausa.*) ¿Qué dice usted?

OSHDORI.— Que en ocho años, mil cuatrocientas señoras me han comunicado el mismo secreto que la señora.

ELENA.— ¿Mil cuatrocientas señoras? ¿Y en ocho años?

OSHDORI.— A ciento setenta y cinco señoras un año con otro. Lo he calculado varias veces.

ELENA.— Entonces, ¿qué clase de hombre es éste?

OSHDORI.— Un don Juan, señora, Un don Juan que se llama Sergio. Un Barba Azul al que yo afeito la barba dos veces al día.

ELENA.— Luego ¿su fama?

OSHDORI.— Cierta.

ELENA.— ¿Y lo de que no ha habido una mujer que se le resista?

OSHDORI.— Absolutamente verdad, señora.

ELENA.— ¿Y eso de que jamás se ha enamorado de ninguna?

OSHDORI.— Completamente exacto.

ELENA.— ¡Estúpida de mí! Y yo que pensé que lo que se contaba era exagerado. (*Transición. Confidencial.*) Pero imagínese, Oshidori, que después de muchos meses de pensar en él me lo encontré de pronto ayer tarde en Sakuska...

OSHDORI.— Va mucho.

ELENA.— Eran las siete. Caía la tarde. Todavía brillaban al sol algunas azoteas y el cielo se había teñido de morado. ¿Se lo imagina?

OSHDORI.— Sí, señora.

ELENA.— Me parece que no se lo imagina, Oshidori.

OSHDORI.— Sí, señora, sí. Me lo imagino como si lo estuviera viendo, no obstante, cerraré los ojos para imaginármelo mejor. (*Cierra los ojos.*) Me imagino a la señora en Sakuska sentada en una mesa de la derecha...

ELENA.— ¡No! De la izquierda.

OSHDORI.— Eso es; de la izquierda. A veces falla la imaginación.

ELENA.— Anocheceía... A mí el crepúsculo me pone muy triste...

OSHDORI.— A mí también, señora. Y se explica. Al fin y al cabo, el crepúsculo es un fracaso de la Naturaleza.

ELENA.— (*Admirada.*) ¡Qué bonito, Oshidori!

OSHDORI.— (*Siempre modesto.*) Es una frase del señor.

ELENA.— ¡Vaya por Dios! Pues estaba yo triste, triste... y sentía ganas de... no sabía de qué...

OSHDORI.— Quizá de llorar.

ELENA.— ¡Eso! De llorar. Cuando, de pronto, se detuvo a la puerta un auto...

OSHDORI.— Packard.

ELENA.— Y bajó de él un hombre...

OSHDORI.— El señor.

ELENA.—No. Primero bajó el "chauffeur"...

OSHDORI.— Indalecio.

ELENA.— Después bajó Sergio y entró en Sakuska. Entró erguido, fascinador, dominándolo todo con la mirada, levantando a su paso una nube de cuchicheos femeninos, elegantísimo, vistiendo un traje...

OSHDORI.— ...azul con rayitas blancas.

ELENA.— Sí. ¿Cómo lo sabe?

OSHDORI.— Se lo había puesto yo.

ELENA.— ¡Es verdad! Ya no me acordaba. Y en el ojal de la solapa lucía...

OSHDORI.— ...una dalia. Los sábados por la tarde le toca dalias...

ELENA.— Una dalia, justamente. Entró. Se fijó en mí, me invitó, y merendamos juntos...

OSHDORI.— ...sin que la señora pudiera precisar lo que tomaron.

ELENA.— ¡Eso es! Pero ¿cómo lo adivina usted todo?

OSHDORI.— Ocho años al servicio del señor... Mil cuatrocientos "casos" observados. ¿Y después?

ELENA.— Después paseamos por el campo. Hablamos del alma. Me dijo que estaba muy solo...

OSHDORI.— Eso suele decir cuando está junto a una mujer.

ELENA.— Me recitó versos de Byron.

OSHDORI.— ¿Y de Lamartine?

ELENA.— ¡También! Calle usted... ¿qué fue lo que me recitó de Lamartine?

OSHDORI.— “El lago”.

ELENA.— ¡“El lago”, sí...!

OSHDORI.— Siempre recita “El lago”. Lo único que sabe de Lamartine es “El lago” y que le gustaban mucho las alcachofas.

ELENA.— Tengo entendido que lo que le gustaban a Lamartine eran los espárragos.

OSHDORI.—Precisamente; pero al señor se le han metido en la cabeza las alcachofas. ¿Y luego, señora?

ELENA.— Luego comimos en un reservadito de cierto restaurante campestre. Me contó cosas de su vida... Porque ha debido de viajar mucho, ¿verdad?

OSHDORI.— Tanto como un maletín roto.

ELENA.— Y después..., ya a media noche, me trajo aquí. Yo perdí el sentido por completo, Oshidori... Y ocurrió... Pero usted también se imaginará lo que suele ocurrir cuando una mujer enamorada pierde el...

OSHDORI.— (*Cortándola.*) Eso se lo imagina cualquiera.

ELENA.— Sin embargo, aún no he podido explicarme qué fue lo que me hizo llegar a todo aquello...

OSHDORI.— A lo mejor, una sola frase.

ELENA.— Una sola frase, es verdad, Ahora veo claro que me sentí subyugada cuando mirándome fijamente en el campo, me dijo...

OSHDORI.— ...le dijo: “Usted tiene ojos de mujer fatal”.

ELENA.— ¡Justo! ¡Justo! ¿Es que se lo ha dicho a varias?

OSHDORI.— La frase “Usted tiene ojos de mujer fatal” es la que utiliza siempre el señor para rendir a las señoras.

ELENA.— ¡Pero es indignante que conmigo utilizara el recurso que utilizó con las demás!

OSHDORI.— Eso mismo me dijeron las demás.

ELENA.— ¡Oshidori!... (*Suena el teléfono.*)

OSHDORI.— Con permiso de la señora... (*Al aparato.*) ¡Diga! Sí, señora. ¿Cómo? ¡Ah! Muy bien. (*A Elena, tapando la bocina.*) Aquí tiene la señora una señora que lo primero que advierte es que no es señora, sino señorita.

ELENA.— ¿Otra... aspirante, Oshidori?

OSHDORI.— Sí. De éstas caen diez diarias...

ELENA.— ¿Caen?

OSHDORI.— O por lo menos se mueven mucho. (*Al aparato.*) ¿Cómo? ¿Señorita? (*Cuelga.*) Ha colgado. Eso es que el marido ha entrado en la habitación.

ELENA.— ¿El marido? ¿Pero no es señorita?

OSHDORI.— Conozco el género, señora. Y todas estas que piden que se les llame señoritas están casadas, veranean en El Escorial y tienen diez hijos, el más pequeño arquitecto. (*Por el foro entra Pepita.*)

PEPITA.— ¿El teléfono, Oshidori?

OSHDORI.— Ya lo he atendido yo, marquesa. Puede retirarse...

PEPITA.— *(A Elena.)* Señora... *(Se va por el foro.)*

ELENA.— ¿Por qué llama marquesa a la doncella?

OSHDORI.— Porque lo es.

ELENA.— ¿Qué dice usted?

OSHDORI.— Sí, señora; la marquesa del Robledal. Quizá es conveniente que sepa la señora que toda la servidumbre de la casa está formada por antiguas amadas del señor...

ELENA.— ¡No es posible!

OSHDORI.— Sí, señora, sí. Son corazones románticos que, al terminar con el señor, suplicaron plazas en la servidumbre para poder verle diariamente, ya que no les era posible otra cosa.

ELENA.— ¡Pero es absurdo!

OSHDORI.— Lo cierto es siempre absurdo, señora, y amar quiere decir esclavitud. Realmente es una servidumbre para enorgullecer a cualquiera. Las hay de todos gustos. Al frente de la cocina, por ejemplo, está nada menos que Nita Numi, la famosa bailarina húngara, única en el mundo que ha bailado el "Ave María" de Gounod...

ELENA.— ¡Sí que es extraordinario!

OSHDORI.— Y el "chauffeur"...

ELENA.— *(Alarmada.)* ¿El "chauffeur" también, Oshidori?

OSHDORI.— Déjeme acabar la señora. El "chauffeur" vino expresamente de Buenos Aires por curiosidad de conocer al señor para descubrir el secreto de su éxito con las mujeres. Como el señor no tenía tiempo de atenderle, se quedó de "chauffeur" para observar, Es Indalecio Cruz, el autor de tangos de fama mundial.

ELENA.— ¿Y ha conseguido descubrir el secreto del éxito de Sergio?

OSHDORI.— Todavía, no, A mi juicio, el éxito del señor con las mujeres obedece a que no les hace ningún caso.

ELENA.— Eso explica lo ocurrido conmigo, porque aún no le he dicho, Oshidori, que anoche, cuando volví a recobrar el sentido, me dijo que le esperase en esa habitación, el primero

izquierda. Y en cuanto entré, él mismo fue el que me encerró con llave. Y así que empecé a protestar y a llamar...

OSHDORI.— ...El señor puso en marcha el fonógrafo y colocó un disco del "O Marie".

ELENA.— Exactamente, ¿También eso lo ha hecho con varias?

OSHDORI.— Sí, señora. Y a las que gritan demasiado las pone el "Torna a Sorrento", cantado por un orfeón vasco.

ELENA.— Pero el fonógrafo sonó hasta la madrugada...

OSHDORI.— Es eléctrico y tiene un dispositivo gracias al cual cuando concluye el disco empieza de nuevo.

ELENA.— ¡Un encanto! ¿De suerte que su primera obligación por las mañanas es comprobar si hay víctimas cautivas?

OSHDORI.— Sí. Y en el caso de que las haya, despedirlas.

ELENA.— ¿Cómo?

OSHDORI.— Los procedimientos varían.

ELENA.— ¿Y cuál es el más eficaz?

OSHDORI.— El que estoy empleando con la señora.

ELENA.— (*Escandalizada de su cinismo.*) ¡Pero, Oshidori!

OSHDORI.— Yo aconsejo a las señoras que se marchen. Ellas se echan a llorar y se desmayan. Yo recurro al éter y las vuelvo en sí, y entonces ellas se van muy tristes, retocándose los ojos con el lápiz.

ELENA.— ¿Y por qué a mí no me aconseja que me marche, Oshidori?

OSHDORI.— Perdón; es que me he distraído hablando. Le aconsejo a la señora que se marche.

ELENA.— (*Levantándose con un esfuerzo.*) Sí... Y ya me hubiera ido antes si estuviera convencida de que sólo he sido para Sergio una más...

OSHDORI.— Eso es fácil, señora, porque el señor apunta todas sus conquistas. Don Juan las apuntaba también.

ELENA.— ¿Que las apunta? ¿Dónde?

OSHDORI.— En estos cuatro libros. *(Señala la biblioteca.)* Y por orden alfabético.

ELENA.— ¿De apellidos o de nombres?

OSHDORI.— De nombres. Los héroes, las enamoradas y los planetas no tienen apellido. *(Inclinándose, como siempre.)* Es una frase del señor...

ELENA.— Lo sospechaba.

OSHDORI.— Si la señora ha sido “una más” para el señor, la señora estará apuntada aquí con las restantes...

ELENA.— ¿Y si aún no le hubiera dado tiempo de apuntarme, Oshidori?

OSHDORI.— ¡Por Dios! Con el ruido del último cañonazo se escriben ya las batallas en la Historia... *(Inclinándose.)* Es una frase...

ELENA.— ...del señor.

OSHDORI.— No, señora; ésta es de Napoleón Bonaparte. *(Yendo hacia la biblioteca.)* ¿El nombre de la señora?

ELENA.— Elena.

OSHDORI.— Tomo primero. *(Coge uno de los tomos, pero al ir abrirlo se lo arrebató Elena.)*

ELENA.— ¡Por favor! Lo veré yo misma... *(Vuelve al sillón con el libro; lo hojea ansiosamente. Oshidori ha cogido otro tomo y lo hojea a su vez junto a la biblioteca. Hay un silencio profundo. De pronto, Elena levanta la cabeza radiante.)* ¡No estoy! ¡No estoy! Eso quiere decir... *(Levantándose.)* ¡Llámele, Oshidori! ¡Despiértele! *(Con brusca decisión, yendo hacia el foro.)* ¡Le despertaré yo! Quiero que...

OSHDORI.— *(Deteniéndola con el gesto.)* Perdón... Siento darle ese disgusto a la señora, pero acabo de ver que la señora está incluida en el tomo segundo...

ELENA.— *(Paralizada.)* ¿Eh? Me llamo Elena... Tenía que estar en el tomo primero, letra E, ¡y no estoy!

OSHDORI.— Sí, señora. Pero es que el señor escribe Elena con hache... es lo clásico.

ELENA.— *(Sintiendo derrumbarse todo a su alrededor.)* ¡¡Oshidori!!

OSHDORI.— La señora aparece aquí bien claramente. (*Leyendo en su tomo.*) “Número 1.401. Helena. Conocida en Sakuska el 10 de junio. Una merienda, un paseo, una comida en el campo. Eligió "pijama" a rayas. Ella sabía quién era yo y todo me fue fácil.”

ELENA.— Todo le fue fácil, pero es que yo no sabía quién era él..

OSHDORI.— “Lloró con "El lago" de Lamartine.”

ELENA.— Eso es mentira, pero pudo ser verdad.

OSHDORI.— “Perdió la cabeza cuando le dije lo de los ojos.”

ELENA.— Eso es verdad, y ahora me parece mentira.

OSHDORI.— “Bonita. Rubia. Joven.”

ELENA.— Todo exacto.

OSHDORI.— “Romántica, tirando a cursi...” (*Después de leerlo se arrepiente de haberlo leído.*)

ELENA.— ¿Eh? ¿Qué dice?

OSHDORI.— Nada; no dice nada...

ELENA.— Déjeme... Necesito convencerme por mí misma. (*Leyendo en el tomo.*) “Romántica, tirando a cursi. Empalagosa. Irresistible...” (*Se separa de Oshidori y va hacia el sillón lentamente.*) “Romántica, tirando a cursi... Empalagosa. (*Dejándose caer en el sillón.*) Irresistible.” Me ha encontrado irresistible... (*Apoya su codo en el sillón y oculta el rostro en la mano. Hay una pausa. Oshidori da un golpecito en el "gong". Luego contempla a Elena, y por fin saca un pañuelo y un frasquito del bolsillo, y vierte en el pañuelo el contenido del frasquito. En aquel momento Elena se rehace y alza la cabeza.*) ¿Qué hace usted, Oshidori? ¿Qué es eso?

OSHDORI.— El frasco del éter, señora. Tomo mis precauciones para cuando la señora se desmaye...

ELENA.— (*Moviendo la cabeza tristemente.*) Esta vez no hay desmayo, Oshidori. Desmayarse significa nervios, voluntad contrariada, corazón, sentimientos... y todo eso, Oshidori, acaba de quedar muerto dentro de mí. ¿No lo cree? También soy para usted una cursi...

OSHDORI.— ¡Oh, no, señora! Ni mucho menos...

ELENA.— Entonces, para usted, ¿yo qué soy, Oshidori?

OSHDORI.— Hasta hace un momento una verdadera enamorada, y desde que la señora ha leído... lo que ha leído, una mujer dispuesta a la desesperación.

ELENA.— ¡Cuánta clarividencia! ¡Qué conocimiento del alma!

OSHDORI.— Sí, señora.

ELENA.— Y ahora me marchó. (*Levantándose.*) Voy a vestirme.

OSHDORI.— He avisado ya a una doncella. (*A Pepita, que acaba de aparecer en el foro.*) Póngase a las órdenes de la señora.

ELENA.— Está usted en todo. (*Volviéndose y viendo a Pepita, respetuosamente.*) ¡Ah! La marquesa...

PEPITA.— (*Indicándole a Elena el primero izquierda.*) Pase la señora.

ELENA.— ¿Yo primero? No, no... Usted delante, marquesa, usted delante... (*Obliga a hacer mutis a Pepita y se va ella detrás.*)

OSHDORI.— (*Viéndola ir.*) ¡Pobrecilla! Siendo la única que no se ha desmayado, es la única que me ha dado lástima...

TELÓN

ACTO PRIMERO

La misma decoración. Todo aparece igual que apareció al comenzar el prólogo. Han pasado tres meses, pero nada ha cambiado en casa de Sergio. La persiana del ventanal está descorrida y la escena iluminada con luz de sol. En las dos puertas del primero y segundo izquierda, las llaves están puestas por fuera. Las puertas aparecen cerradas.

Comienza la acción a las tres de la tarde. Otoño. Al levantarse el telón, la escena sola. El fonógrafo se halla funcionando con un disco del "O Marie". Una pausa durante la cual se oye el "O Marie" a más y mejor. Después entra Oshidori por el foro, se dirige al fonógrafo y lo para. En ese momento rompe a sonar el teléfono, y coincidiendo con él entra Pepita por la derecha.

OSHDORI.— *(Al teléfono.)* ¡Diga! Señora condesa... Buenas tardes, señora condesa. ¿Cómo dice la señora condesa? *(A Pepita.)* Marquesa, la señora condesa dice que está negra.

PEPITA.— ¿Qué está negra?

OSHDORI.— Completamente negra. *(Al teléfono.)* ¿Tres meses, señora condesa? ¡Es increíble, cómo se pasa el tiempo! *(A Pepita.)* Dice que hace ya tres meses que yo la anuncie que el señor acudiría una tarde al sitio de costumbre, y que ¡nanay!

PEPITA.— ¿Nanay?

OSHDORI.— Nanay y moscas tres...

PEPITA.— ¡Es siempre la misma!

OSHDORI.— Pero ¿cómo se explica que la condesa de San Isidro sea tan chula, marquesa?

PEPITA.— Presume de chispera. Según parece a su bisabuela le hizo un retrato Goya, y ese acontecimiento ha arruinado sus buenos modales para siempre.

OSHDORI.— ¡Qué caso! *(Cuelga el auricular.)*

PEPITA.— No me explico cómo Sergio ha podido llegar a nada con la condesa.

OSHDORI.— Fue el año pasado. El señor quería completar su lista particular de aristócratas. Sólo que la condesa está en esa edad en que las mujeres, antes que renunciar a un hombre, renuncian a la ondulación Marcel... *(Oshidori ha cogido de encima de la mesita un pulverizador del tamaño de los del "Flit" y se ha liado a pulverizarla atmosfera.)*

PEPITA.— Pero, ¿qué haces, Oshidori?

OSHDORI.— Pulverizo éter. He descubierto que es más cómodo pulverizarlo en el aire que gotearlo en un pañuelo, con la ventaja de que así los desmayos no llegan a producirse...

PEPITA.— ¡Qué talento!

OSHDORI.— Y cada vez que voy a echar una, pues pulverizo.

PEPITA.— Pero, ¿es que hoy hay más de una, Oshidori?

OSHDORI.— Hoy hay dos.

PEPITA.— ¡Dos!

OSHDORI.— Dos, marquesa. Una que vino por la noche y otra que vino por la tarde, pero que volvió por la noche, porque las hay que repiten. ¡Se están matando!

PEPITA.— Y acabará matándonos a todas las que le queremos sin egoísmos. Nita Numi ha perdido seis kilos; yo estoy quedándome ya como una sombra, y Leonor ha presentado su dimisión de secretaria porque no puede resistir más los celos. *(Se oyen unos golpecitos en la puerta del segundo izquierda.)*

OSHDORI.— Una que se impacienta... Hay que actuar. *(Deja el pulverizador y va hacia el segundo izquierda.)*

PEPITA.— Yo prefiero no verlo. Voy a dar la cera en el “hall”.

OSHDORI.— Hasta luego, marquesa. *(Pepita se va tristísima por el foro. Oshidori hace jugar la llave del segundo izquierda. En seguida se abre la puerta y aparece Francisca. Oshidori se inclina.)* Señora... *(Francisca es una mujer esbelta, de edad indecisa, elegante, con una elegancia explosiva y provista de un aire dramático que lo mismo puede significar que es un personaje de Shakespeare, que puede significar que está mal de la cabeza. Entra con los ojos tapados por un pañuelo que sostiene en la mano derecha y lleva en la otra mano el sombrero y un “renard” a la rastra. Recorre la escena lentamente, deteniéndose en todos los rincones a llorar un poco hasta que Oshidori la aborda.)* Si la señora se sentase..., lloraría más tranquila la señora. *(Ella no le hace caso.)* ¿Por qué no se sienta la señora?

FRANCISCA.— *(Muy cargada de razón, al través de sus lágrimas.)* ¡Sé llorar de pie!

OSHDORI.— Pero es que sentada lloraría la señora mucho más a gusto...

FRANCISCA.— ¿Usted cree?

OSHDORI.— Pruebe la señora y verá... *(Le acerca un sillón.)*

FRANCISCA.— (*Sentándose.*) ¡Pues es verdad! (*Llora sentada.*) ¡Qué bien se llora así! ¡Se llora divinamente! (*Llora más fuerte y de pronto levanta la cabeza.*) ¿A usted no le gusta llorar?

OSHDORI.— Muchísimo. Yo lloro todas las tardes, de cinco a seis.

FRANCISCA.— ¡Qué suerte! ¡Yo no puedo! No puedo, porque a las cinco y media llega la manicura... (*Llora fuertemente.*)

OSHDORI.— (*Aparte.*) “Es una histérica... ¡Mi especialidad...!” (*Alto.*) Llorar es realmente estupendo, señora.

FRANCISCA.— ¡Es divino! (*Llora con furia.*) ¡Divino!

OSHDORI.— Pero piense la señora que el llanto hace caer las pestañas...

FRANCISCA.— (*Dejando de llorar en el acto.*) ¿Es cierto eso?

OSHDORI.— El evangelio del Instituto Isis.

FRANCISCA.— Gracias... Avise a Sergio.

OSHDORI.— El señor no está visible, señora.

FRANCISCA.— (*Cayendo en un súbito estado de desesperación.*) ¡Que no está visible! ¡Eso más!... ¡Eso más, Dios mío! ¡Eso más, Dios del Sinaí...! (*Se levanta y pasea su desesperación.*) ¡Mofa sobre mofa! ¡Befa sobre befa!

OSHDORI.— (*Siguiéndola.*) Señora...

FRANCISCA.— ¡Mofa sobre befa!

OSHDORI.— Pero, señora...

FRANCISCA.— ¡Befa sobre mofa!

OSHDORI.— Señora; yo le ruego...

FRANCISCA.— ¡Estoy que mufo!

OSHDORI.— ¡Mafo!

FRANCISCA.— Bueno, ¡mafo!

OSHDORI.— (*Hecho un lío.*) ¿Mafo o bafo?